

Visita a una heroína



El puerto resplandecía como una vidriera multicolor, salpicado por los rayos de sol que hacían sudar a la gente en sus partes más sensibles y andar como borrachos, llenos de calor y de cansancio.

La temperatura era sofocante; oleadas de sudor resbalaban por todo mi ser, convirtiéndome en un horno a punto de estallar. Caminaba sin prisa y a la vez asombrado por aquel trozo de asfalto, donde parecían haberse dado cita gentes de los cinco continentes, acertando todos cual flecha veloz en una hermosa diana, diana de amor, paz y tranquilidad.

El lugar estaba infecto de bellas gaviotas, cuyos sutiles movimientos recordaban las escenas de esa obra de ballet «El lago de los cisnes», y esas gaviotas hacían de aquel sitio una escala para un punto más lejano.

Por fin había llegado el momento anhelado y allá al fondo, entre mástiles vigorosos de buques reforzados, descubrí el viejo barco de madera que las tranquilas aguas mecían como una madre a su niño en la cuna. Me causó la impresión de un cascarón inseguro, pero al recordar su bella historia lo vi crecer tanto como un largo pino que atravesando las nubes se pierde en el inmenso infinito. Temblando de emoción me acerqué a él, subí, y al pisar su cubierta una extraña sensación se apoderó de mí. Yo veía a aquellos hombres con cascos y corazas abriéndose paso en una tierra salvaje, sudando sangre contra aquellos indios inhóspitos que a punta de lanza pretendían echarlos de aquellas tierras y a la vez apagar la sed de conquista de aquellos bravos españoles.

Recorrí el barco de arriba a abajo escudriñando todos sus rincones y parándome a recordar lo que fueron momentos históricos,

muchas veces pensé: ¡qué pequeño barco para tan gran hazaña!; el tiempo pasó volando y a pesar mío tuve que abandonar aquella corta visita y descender melancólico de la grácil heroína, ¡sí, heroína!, porque ¿de qué otra manera sino, podemos llamar a aquella, que cual paloma mensajera de alas blanquecinas movidas con dulzura en un cielo azul intenso, llega a su destino?

La que se mantuvo a flote en tremendas circunstancias desafiando a las abruptas olas que se esforzaban en arrastrar a aquella joya al fondo de los mares tenebrosos.

Aguantó sufriendo, como el capitán de un barco cuando éste se hunde, los tórridos veranos, horribles inviernos y endiabladas tempestades de un mar embravecido contra la ira del viento, soportando el odio inflamado a punto de estallar, como un volcán en plena erupción. Sólo uno esperó algo de ella, el que después se alegró de haber continuado aquella empresa, que se hizo posible gracias a Dios, a los reyes y a ella.

Rufino FERNANDEZ REDONDO

EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.